

maban cibas, una corona de oro, tres calabacillas llenas de granos y polvo de oro, y cosa de cien tejillos del mismo metal. Colon correspondió al obsequio con diversos objetos de quincallería, de mas estima para Guacanagari que todos los tesoros de la tierra.

Aunque la amistad del cacique era de gran importancia pra formar una colonia en la provincia de Marien, en que gobernaba, no se encontraron en el terreno las condiciones higiénicas convenientes. Sus tierras eran muy bajas y húmedas; el aire sofocante; y sobre todo, no existía en los alrededores cantería de ninguna especie para poder edificar una ciudad. A estas desfavorables circunstancias, se agregaba el horror que la vista del incendiado fuerte y la consideracion del trágico fin de los españoles que habian quedado en ella, imprimió en el alma de los que al saltar á las playas del Nuevo Mundo, llenos de risueñas esperanzas, no encontraron más que cadáveres de desventurados compatriotas, ruinas y triste soledad.

Colon, viendo que el sitio carecia de las condiciones y elementos necesarios para fundar una colonia, volvió á embarcar la gente, y se alejó triste de aquella playa, en que habian perecido treinta y nueve individuos de los que le acompañaron en su peligroso y primer viaje.

¡Eran los compañeros que habian corrido los primeros peligros con él!

CAPÍTULO VII

Fundacion de la ciudad de Isabela.—Expedicion de Alonso de Ojedá al interior de la isla.—Los indios matan á varios españoles y queman á cuarenta enfermos que vivian aislados.—El cacique Caonabo trata de sorprender el fuerte en que estaba Ojeda.—Lo sitia.—Ojeda echa á volar dos palomas que le regalan, renunciando á comerlas.—El cacique Guacanagari avisa á Colon de que tratan de conspirar los demás caciques.—Colon sale á castigar al cacique que mandó incendiar la casa en que estaban los enfermos españoles.—Alonso de Ojeda captura al cacique Caonabo.—Coalicion de los caciques contra los españoles. Son vencidos. Los caciques se declaran feudatarios.—Tributos impuestos.—Colon envia para venderse como esclavos los indios prisioneros.—La reina Isabel manda que sean puestos en libertad y conducidos á su país.

El almirante se dirigió con la flota á *Puerto de Plata*. Manifestándose, al llegar, contrarios los vientos, los bajeles hubieran sufrido un gran riesgo, á no haber entrado á un gran rio que sale á la mar, como á dos leguas al Este de Monte-Cristo. El puerto lo domina una cordillera de montes, y desde la cima se descubre una graciosa vega. La buena posicion, la feracidad del terreno, la abundancia de piedra, la excelente calidad del agua y la proximidad á las

minas de Cibao, determinaron á Colon á formar allí una colonia. Comunicado su pensamiento y admitido por todos, se trazó el plan de la ciudad sobre una plataforma bastante ancha, rodeada de montes, y sin pérdida de tiempo se dió principio á la obra. No habiendo brazo ninguno ocioso en la fabricacion de las casas de madera que, por de pronto, se levantaron, la ciudad quedó terminada en breve. La iglesia, el arsenal y la casa del gobernador, que eran de piedra y cal, fueron las que mas tiempo necesitaron para fabricarse; pero que, sin embargo, quedaron terminadas pronto.

Fundacion de la ciudad de Isabela; primera colonia en América. Colon puso á la ciudad el nombre de Isabela, en honor de su real protectora. Aquella fué la primera colonia cristiana que se estableció en el Nuevo Mundo, con todos los elementos de vida, de prosperidad y de civilizacion que podian apetecerse.

Mientras se trabajaba en la fundacion de la ciudad, Colon envió al valiente capitán Ojeda á que reconociese las minas de Cibao (1). La expedicion duró algunos dias, pero fué satisfactoria. Ojeda dió los mas lisonjeros informes de las riquezas de ella, y llevó, en muestra, abundancia de pepitas de oro que se habian recogido. Esto animó á la gente; y Colon, aprovechando aquellos instantes de entusiasmo en que los que se manifestaban arrepentidos de haber salido de España se decidieron á permanecer en la isla, despachó á la Península doce bajeles á cargo de Don Antonio de Torres, dándole para los Reyes Católicos los

(1) Cibao significa montaña peñascosa.

regalos que le habia hecho el cacique Guacanagarí, y una relacion circunstanciada de lo que hasta aquel instante habia hallado. Las carabelas partieron, y Colon se reservó cinco bajeles.

Terminada la mayor parte de la ciudad, el almirante marchó á visitar las minas de Cibao, y dejó á su hermano Diego Colon por gobernador de la Isabela. Convencido de la abundancia de oro de ellas, mandó construir un fuerte que se llamó Santo Tomás, y dejó en él á D. Pedro Margarite, caballero catalán, con una fuerza de cincuenta y seis soldados.

Sin embargo, todo lo que hasta entonces se habia conseguido, no eran mas que esperanzas; y la gente que habia emprendido el penoso y largo viaje, esperando encontrar al fin de él las riquezas que les habian hecho concebir, anhelaba la realizacion de sus dorados sueños.

Las ilusiones de ventura se desvanecieron ante las enfermedades producidas por un clima mortífero y abrasador. La navegacion habia sido penosa, y al saltar en tierra se encontraron con que en ella solo habia frutas, y que los víveres de á bordo se habian echado á perder casi todos por el excesivo calor del clima de los trópicos. En vez de poderse entregar al descanso despues de tan penosa navegacion, se vieron precisados á edificar las casas en que habian de vivir; á limpiar de la maleza los campos; á formar huertas, plantar jardines, sembrar la tierra y labrarla, y en fin, á todos los duros trabajos que pueden imaginarse, sin otro porvenir que el de alimentarse solamente.

Las murmuraciones contra Colon empezaron desde el instante en que los artesanos y los labradores vieron que,

en vez de mejorar de condicion, como se les habia hecho creer, habian empeorado considerablemente.

1494. El almirante comprendia toda la razon que Expedicion de Ojeda. habia para aquel disgusto; pero esperaba que cesaria en el momento en que las minas se explotasen. Para aumentar los sinsabores de Colon, se recibió la noticia de que el cacique Caonabo se disponia para ir á sitiarse la fortaleza de Santo Tomás, situada en las minas de Cibao. El almirante envió inmediatamente al capitán Ojeda, con trescientos hombres para auxiliar á Margarite y recorrer la tierra. Ojeda partió sin detenerse el 9 de Abril de 1494, y despues de haber pasado el Rio del Oro, prendió al cacique de allí, á su hermano y á un sobrino, y les envió presos, al almirante, porque en sus términos se habia robado á un español por los indios, sin que los hubiesen castigado. Colon, por súplicas de otro cacique, que siempre se habia manifestado adicto á los españoles, les puso en libertad, habiendo ofrecido antes no ser hostiles á los europeos.

1494. El almirante, deseando cumplir con las Viaje al extremo oriental de Cuba. instrucciones que le habian dado los Reyes Católicos, despues de formar un Consejo que quedase en su lugar, y que se componia de su hermano D. Diego Colon, con título de presidente, del Padre Fr. Boil y Pedro Hernandez Coronel, consejeros, y de un alguacil mayor y regentes, salió con tres bajeles y la tripulacion necesaria. Dando la vuelta á toda la isla de Cuba, se desengañó de que no era tierra firme; descubrió en seguida la isla de Jamaica; y despues de tocar en la isla de la Mona, entre la Española y Puerto Rico, volvió,

despues de cinco meses, á la Isabela, donde tuvo el gusto de encontrar á su hermano D. Bartolomé, que acababa de llegar de España.

La Isla Española se encontraba entonces dividida en cinco reinos, gobernados por caciques de poder absoluto y hereditario. De estos caciques soberanos eran tributarios otros caciques de menos importancia que gobernaban cortas tribus. El reino de mas importancia comprendia el centro de la Vega Real, y el soberano que lo gobernaba, se llamaba Guarionex. De poca menos extension, pero de gente arrogante y belicosa, era la provincia de Maguaná, en que mandaba el cacique caribe Caonabo, implacable enemigo de los blancos, que habia incendiado el fuerte de la Navidad y dado muerte á los primeros treinta y nueve colonos que dejó Colon en la isla. Lindando con el reino de Maguaná estaba el de Jaragua, gobernado por el cacique Behechio, que era considerado como el rey de mas vasallos en la isla.

Tenia Behechio una hermana de singular belleza, llamada Anacaona, que era la favorita de las mujeres de Caonabo, enlace que habia estrechado mas y mas la buena armonía que habia reinado siempre entre los habitantes de ambos estados. Reino de no menos importancia era el de Higüey, que ocupaba toda la parte oriental de la isla, cuyo cacique se llamaba Cotabanama. Sus vasallos usaban el arco y la flecha, y tenian continuamente á raya á los caribes que, con frecuencia, trataban de desembarcar en sus costas.

El reino mas próximo al sitio ocupado por los españoles era el de Marien, gobernado por el hospitalario

cacique Guacanagarí, que siempre se manifestó adicto á los castellanos.

No veía con buenos ojos el altivo cacique Caonabo la fortaleza levantada por los españoles en las minas de Cibao, pertenecientes á su corona, y esperaba que llegase el momento á propósito para repetir la escena sangrienta del fuerte de la Navidad. Su deseo parecia que iba á realizarse. El comandante Margarite, que mandaba la fortaleza de Santo Tomás, habia dejado en ella muy corta guarnicion al mando de Alonso de Ojeda, y con el resto se habia situado en la voluptuosa vega, donde se entregó á una vida licenciosa. Colon le llamó al órden; pero no queriendo continuar bajo las órdenes del almirante, se embarcó, sin pedirle licencia, para España, resuelto á indisponerle con los reyes, presentando á la colonia española sufriendo la miseria, el despotismo y la arbitrariedad de su mal gobierno.

El belicoso cacique Caonabo, viendo que los españoles de la Vega, al verse sin jefe, se derramaron sin disciplina por los pueblos de la provincia, creyó llegado el instante de obrar. Aunque los indios jamás se atrevían á acometer á los españoles, al verles diseminados por distintos pueblos en número de tres, dos ó cinco, sin recelo y sin cuidado, empezaron á matar á los que encontraban aislados. Viendo que aquellos actos los habian podido cometer impunemente, continuaron su sistema, y las hostilidades fueron creciendo á medida que vieron que no se enviaban fuerzas contra ellos. Guatiguana, señor de una ciudad situada

El cacique Guatiguana, da fuego á á las márgenes de un rio de la Vega, y feudatario del cacique Guarionex, mató á diez

una casa donde habia cuarenta enfermos españoles. españoles que se hallaban alojados en el pueblo y mandó incendiar la casa en que habia cuarenta enfermos castellanos, quedando todos abrasados entre sus llamas. Pero el enemigo mas temible para los españoles era el cacique Caonabo. No pudiendo tolerár que existiese en sus posesiones una fortaleza extranjera, trató de destruirla como habia destruido en un tiempo la de la Navidad. Sabiendo que solo estaba guarnecida por cincuenta hombres, se propuso sorprenderla y matar á todos sus defensores. Activo y tenaz, reunió un ejército de diez mil hombres y conduciéndole secretamente por entre selvas y senderos cubiertos de árboles, se dejó ver de repente ante la corta fuerza de la aislada fortaleza. Pero aquellos pocos hombres tenían á la cabeza al intrépido Alonso Ojeda, sagaz y prevenido que, amaestrado en la guerra de los moros y de los indios, nunca se dejaba sorprender.

Caonabo encontró, por lo mismo, prevenido á su enemigo para defenderse. Viendo fallido su intento de sorprender á los castellanos y difícil el disponer un asalto por hallarse circundado el fortín de un foso, se propuso sitiario y tomarlo por hambre. Era imposible que Ojeda pudiese dar aviso de la aflictiva situacion en que se hallaba, y los soldados tendrian que rendirse cuando les faltasen los víveres. Caonabo, para asegurar mejor su proyecto, colocó sus fuerzas en puntos convenientes, y vigilaba los movimientos de la guarnicion.

Ojeda, lejos de intimidarse por el crecido número de sus contrarios, sintió crecer su espíritu caballeresco y se propuso batallar, haciendo continuas salidas. En todas

ellas alcanzaba lauros sobre los sitiadores, haciendo destrozos en los guerreros indios. El hambre y las fatigas las soportaba con placer, y aunque la primera empezaba á dejarse sentir, manifestó con un rasgo propio de su genio, que los regalos y los manjares no le afectaban en lo mas mínimo. Cuando mas escaseaban los alimentos, logró un indio, que le apreciaba, entrar en la fortaleza con dos palomas silvestres que le llevaba de regalo. Viendo Ojeda que los ojos de los oficiales estaban fijos en ellas como envidiando la suerte de su jefe á quien venian destinadas, las tomó en la mano y exclamó con acento franco y alegre: «Sensible es que no basten dos palomas para satisfacer el apetito de todos los que aquí estamos; por lo que hace á mí, no regalaré mi apetito mientras mis compañeros padecen hambre.» Al terminar estas palabras, echó á volar las palomas, sacando el brazo por una ventana de la torre.

Caonabo, viendo que el sitio se alargaba y que en las continuas salidas de Ojeda perdía lo mas florido de sus guerreros, levantó el cerco con objeto de invitar á todos los demás caciques á un levantamiento general, que daría por resultado la independencía de la isla. Todos se manifestaron dispuestos á entrar en el plan, excepto Guacanagarí, que quiso ser leal á la palabra de amistad ofrecida á los españoles. Lejos Guacanagarí de acceder á la invitación hecha por Caonabo, avisó á Colon de todo lo que pasaba, diciéndole que vigilase, y poniéndose á sus órdenes con todos sus vasallos.

Colon sale á castigar al cacique que incendió la casa en

El almirante, comprendiendo que era preciso manifestarse severo con el cacique Guatiguana; que cometió el acto de quemar á los

que estaban los enfermos españoles. cuarenta españoles enfermos que se hallaban en su pueblo, salió en su persecucion, castigando á muchos de los culpables, aunque no logró capturar al principal por haber huido á las montañas. Como aun no se habia celebrado la coalicion propuesta por Caonabo, Colon comprendió que apoderándose del intrépido caudillo que continuaba en actitud hostil, la paz de la isla quedaria asegurada. No dudando que la tranquilidad estribaba en su captura, trató de asegurarse de él lo mas pronto que fuese dable. El capitán Ojeda fué el que Alonso de Ojeda tomó á su cargo apoderarse del intrépido cacique. Encontrando en las arriesgadas empresas un placer que se sobreponia á todos los demás goces, partió con nueve hombres de á caballo, bien armados, hácia la Magdalena, residencia de Caonabo. Para no malograr su intento, hizo que se esparciese la voz de que llevaba algunos regalos para el cacique, con quien anhelaba su gobierno entablar una paz duradera. Encomendándose el intrépido Ojeda á su patrona la Virgen, como tenia costumbre hacerlo en todas sus empresas arriesgadas, penetró en los bosques, y despues de haber atravesado mas de sesenta leguas por intrincados bejucales, por donde hasta entonces acaso nadie habia cruzado, llegó á la poblacion en que se hallaba el poderoso cacique.

La insignificante fuerza que llevaba Ojeda contribuyó á que Caonabo nada temiese al verle. Ojeda se acercó entonces al cacique con demostraciones de deferencia y respeto, diciéndole que llevaba una embajada de parte del almirante. Caonabo, admirando el franco porte del jóven caballero, cuyo valor y destreza en las armas le eran bien